

## TEORIA DE LAS ELITES, DEMOCRACIA Y PARTICIPACION

GERARDO VIDAL FLORES \*

Alguno sociólogos y politólogos de nuestros días han invertido exactamente el argumento democrático tradicional en cuanto a qué es lo que preserva y qué es lo que amenaza a un sistema democrático. Para ellos la perpetuación de la democracia depende de la capacidad de la elite para proteger al sistema contra las masas, mientras que para el demócrata tradicional la elite constituía uno de los más serios peligros que enfrentaba el sistema.

Si bien elitismo y democracia se asemejan en cuanto que el propósito primario del gobierno es, para ambos, salvaguardar y promover los intereses de la comunidad, difieren radicalmente en lo que atañe a la índole de esos intereses y al papel que debe cumplir el Estado para asegurarlos.

La defensa moderna del elitismo se basa principalmente en el postulado de que el bien de un pueblo libre y de la propia civilización depende de la capacidad de los dotados para conducir a las mayorías que acatan sus dictámenes, con vistas al bienestar general. Todas las teorías de las elites descansan en dos supuestos básicos: primero, que las masas son intrínsecamente incompetentes y segundo, que son, en el mejor de los casos, materia inerte y moldeable a voluntad y en el peor, seres ingobernables y desenfrenados con una proclividad insaciable a minar la cultura y la libertad.

Sin embargo, la insistencia del elitismo en la desigualdad de aptitudes individuales no es el punto en que se centran las objeciones de la teoría democrática tradicional. En realidad para el de-

\* El autor es candidato a Magister en Ciencia Política en el programa que se desarrolla en este Instituto.

mócrata los hombres que sobresalen en todos los terrenos (las elites) son esenciales para una sociedad libre y vital; pero a diferencia del elitista, el demócrata no tiene justificativos para imponer su concepción de una jerarquía de atributos humanos, según la cual puede la sociedad formular un juicio definido acerca del valor de un ser humano.

No obstante, la diferencia fundamental entre elitistas y demócratas no se refleja únicamente en sus opuestos enfoques de la cuestión siguiente: "¿Quién debe ser el responsable de determinar cuáles son los problemas básicos del cuerpo político?", sino también, y en grado tal vez más significativo, en sus diversos enfoques de lo que constituye el interés público. Las teorías de la elite conciben esto último en términos unidimensionales: se alcanza el interés general cuando la política del gobierno concuerda con la opinión de la elite.

En síntesis: hace hincapié en el logro de una política esclarecida; como la elite está esclarecida, la política fijada por ella ha de constituir el interés público. Nos enfrentamos de esta manera al agudo problema de definir los verdaderos intereses de la sociedad en cuestión. A esta situación se enfrentaba Karl Marx ante la dificultad que significaba la ignorancia de los verdaderos intereses objetivos del proletariado y la imperiosa necesidad de una "vanguardia del proletariado", suficientemente iluminada que sirviese de orientadora y guía de dicho proletariado.

En nuestra opinión, gran parte de los problemas de nuestras sociedades se producen debido a este continuo y paulatino distanciamiento entre la perspectiva de las elites, guiadas por el sendero de la técnica y la ciencia y, las perspectivas del hombre común guiadas por el camino de la intuición y el sentir común. Este problema, a nuestro juicio, está de alguna manera haciéndose más patente en nuestras sociedades hispanoamericanas, y un signo relevante de esto lo constituye la inestabilidad de dichas sociedades, representada ésta, en los continuos modelos y proyectos de desarrollo en todas las áreas que se ven enfrentados a esta dualidad de enfoques, que termina por arrastrarlos al fracaso.

El punto central pareciera entonces radicarse en la necesidad de revitalizar la participación pública como una forma de acortar el señalado distanciamiento de visiones entre la elite y la masa, a objeto de lograr una síntesis más o menos equilibrada de lo que la sociedad globalmente desea y aspira.

Sin embargo, este concepto de participación nuevamente nos ofrece dificultades similares a las ya analizadas. Por lo pronto, para muchos, los problemas políticos y las elecciones son cuestiones triviales, o bien demasiado remotas y ajenas a su influencia. No tienen el mismo carácter los problemas que afligen al hombre directamente en su lugar de trabajo y de diario vivir en comunidad, estos últimos pueden ser comparativamente pequeños, pero están cargados de las tensiones y emociones que suelen enardecer a los hombres y poner a prueba su espíritu.

Es allí donde se revela plenamente —a despecho de los efectos legitimadores de las formas burocráticas— en todo su horror la dominación del hombre por el hombre y es allí, en consecuencia, donde debería establecerse y llevarse a la práctica la democracia. Sin duda, la educación política resulta más eficaz en el plano en que desafía al individuo a cooperar en la solución de los problemas concretos que lo afectan a él y a su comunidad inmediata.

Pero, ¿existe alguna razón lógica dentro del contexto de la teoría democrática por la cual la participación en decisiones políticas de los integrantes de instituciones sociales e instituciones privadas no pueda hacerse ampliamente extensiva a aquellos problemas fundamentales que afectan su vida en dichas instituciones?

La respuesta a esta interrogante gira en torno de qué constituye lo político, si se considera políticas a estas instituciones, al menos a las más importantes, sobre la base de que son organismos que participan de modo regular en la asignación autoritaria de valores para la sociedad, habría, en términos del principio democrático de la igualdad del poder, un fuerte motivo para expandir dentro de esas organizaciones la participación en la toma de decisiones.

Pero si se adhiere, como ocurre con el teórico del elitismo democrático, a un concepto institucional y restringido de lo político, esta línea de razonamiento queda efectivamente excluida de la teoría democrática.

Si lo político se limita a las decisiones gubernamentales y todo lo que con ello se vincula, las instituciones claramente no gubernamentales son no políticas con independencia del poder que tengan y de la influencia que surta sus decisiones en la sociedad.

Nunca se destacará en grado suficiente la importancia que tiene el hecho de que la teoría del elitismo democrático interprete de manera estrecha el decisivo y esencial concepto de lo político.

Ahora bien, la teoría clásica de la democracia se basa en la suposición de que la dignidad del hombre y, en verdad, su crecimiento y desarrollo como ser actuante en una sociedad libre, depende de su posibilidad de participar en forma activa en las decisiones que gravitan significativamente sobre él.

A partir de esto, la crítica del elitismo tiende a indicar que, aunque la teoría clásica de la democracia tenga firmes raíces en lo que es una válida posición ética, no constituiría una teoría viable para la sociedad moderna, ya que si bien subraya la importancia de una amplia participación en la toma de decisiones políticas, no ofrecería pautas reales en cuanto a la manera de cumplir con sus preceptos en las grandes sociedades urbanas. A juzgar, entonces, por las apariencias, el demócrata se vería enfrentado a una opción hobbesiana, es decir, una teoría normativamente válida, pero carente de realismo o una teoría realista, pero fuertemente inclinada hacia el elitismo.

Ocurre sin embargo que, aunque el concepto de la democracia como método político no es intrínsecamente elitista, puede servir como formidable defensa a la división entre elite y masa en la estructura de los sistemas democráticos actuales.

Según este concepto de la democracia, carece de importancia el reproche de que el hombre común no cuenta con oportunidades suficientes para participar en la toma de decisiones significativas

y está, por consiguiente, privado de un medio esencial para desarrollar sus facultades y ampliar su perspectiva, ya que si se considera la democracia como método político, el patrón para juzgarlo no es el grado de centralización o delegación en el proceso de toma de decisiones, sino más bien el grado en que se ajusta el sistema a los principios básicos del método democrático: igualdad política, libertad de palabra, gobierno de mayoría, elecciones periódicas libres, etc., etc.

Cuando se adhiere a tales procedimientos el sistema se caracteriza por la responsabilidad de las elites políticas ante las no elites y al imputarle la responsabilidad a las primeras, éstas, debido al fenómeno de las reacciones previstas, gobiernan normalmente de acuerdo con los intereses de las segundas (sin que ello ocurra necesariamente así, por cuanto las elites pueden aparentar estar actuando conforme a los intereses de las no elites). De manera que aún defendiendo este concepto de democracia como método político en términos de principios de procedimientos, su defensa actual se basa invariablemente en el servicio que presta a los intereses del pueblo.

Pero, dejar las cosas libradas al gobierno (las elites), como dejarlas libradas a la providencia, equivale a despreocuparse totalmente de ellas y a aceptar sus resultados desagradables como calamidades naturales. Por lo tanto, con excepción de unos pocos estudiosos que tienen preocupaciones intelectuales por la especulación en sí misma, todo un pueblo renuncia a su inteligencia y a sus sentimientos en aras de los intereses materiales y de la diversión y ornamento de la vida privada.

Al parecer ha llegado la hora que las elites en general y los politólogos en particular reconozcan que sin el apoyo activo del hombre común, la libertad no puede, a la larga, preservarse. "La batalla por la libertad —nos dice P. Bachrach— se perdería por abandono si las elites se aislan del pueblo y confían en fuerzas contrarrestantes para proteger el sistema del líder demagógico del vulgo".

Es necesaria la comprensión de que la mejor manera de asegurar la supervivencia de la democracia consiste en apelar del apoyo del pueblo en un continuo esfuerzo porque aquélla cobre real sentido en la vida de todo ser humano.

Asimismo, el teórico debe, en pocas palabras, preocuparse de que al intentar "alcanzar lo imposible", al esforzarse por transformar la sociedad en lo que ésta podría ser, lo haga firmemente arraigada en lo que es.